



# Escrito en el polvo

[Julio José Ordovás]

## Campanas

El campanero se lo explicaba a Tristana en la película de Buñuel mientras preparaba unas migas: «En los tiempos aquellos de mucha religión la gente sabía las cosas por las campanas y las obedecía. Había toque de agonía, toque de muerto, el de fuego, bandeos de gloria, llamada a misa y repiques de gran devoción. La gente oía y allá iban a visitar al agonizante, a enterrar al muerto o a buscar los trabucos cuando tocábamos a rebato. Hoy ya son otros tiempos. La gente tiene prisa por buscar dinero. No escuchan. Hasta se quejan al municipio cuando tocamos a misa porque dicen, fíjese usted, que los despertamos».

La solemnidad del bronce era respetuosa con la armonía medioambiental. Incluso los pájaros cerraban el pico, devotamente, al oír las campanas. Pero con el pro-

greso llegó la contaminación acústica y aquel idioma universal fue perdiendo utilidad y autoridad hasta convertirse en una lengua muerta o, peor aún, en un anacronismo.

El ángelus ya solo lo oyen los que sintonizan la COPE o Intereconomía. Las nuevas generaciones no han oído otras campanadas que las de fin de año. Tiene que ser muy difícil explicarle a un adolescente que el cuadro de Millet que volvió loco a Dalí es un cuadro sonoro, y que lo que Millet quería pintar (paranoias dalinianas aparte) era precisamente el sonido de las campanas llamando a la oración, como Van Gogh quiso pintar, tantas veces, las lamentaciones del viento. Pero es que la crítica de arte siempre ha sido sorda. No basta con ver los cuadros. Hay que escucharlos. Estoy convencido de que cada noche, en el Rijksmuseum de Ámsterdam, cuando cierran las puertas y se apagan todos los

ruidos, puede oírse con claridad el sonido más puro y más delicado que se ha pintado nunca, ese maternal hilo de leche que pintó Vermeer en «La lechera».

Los campaneros agonizan en las páginas de las novelas decimonónicas. Pero desde los campanarios todavía se puede dominar el mundo, al menos con los ojos de un niño.

En *Ring them bells* Bob Dylan cantaba: «Tocad las campanas / por el tiempo que vuela. / Por el niño que llora / cuando muere la inocencia».

### Acorde final

La música entra por la piel, llega directamente al corazón y golpea, con el puño cerrado, la conciencia. No se piensa, no se razona, no se procesa: se siente. O no se siente.

Michel Bouvard, en su homenaje a Jehan Alain, hizo sonar el órgano del Pilar como maese Pérez, según la leyenda becqueriana, hacía sonar el órgano de Santa Inés incluso después de muerto. No es que se oyeran los cantos de los ángeles, pero casi. Se estremeció el alabastro del retablo mayor y sentí que un peso sin peso salía de mi cuerpo y caía en el suelo. Incómodo ante el oro del altar, cerré los ojos y juraría que vi la llama de una vela apagada. Los estallidos y los susurros que profería el órgano siguen resonando en mi cabeza. Las tormentas espirituales no las cura el ibuprofeno.

Así como la corneta y el tambor fueron empleados durante siglos como herramientas al servicio de la guerra, el órgano ha sido el instrumento de evangelización por antonomasia, desempeñando la misma función de enardecimiento. El tambor, la corneta y la pólvora enardecían a la soldadesca de igual modo que el órgano y el incienso exaltaban y sobrecogían a la feligresía. Josué tomó Jericó con el ímpetu de sus trompetas; eso sí, tras un asedio de siete días. En la secuencia más brutal de *Apocalipsis Now*, Coppola parodió el método de excitación épica que utilizaba la Luftwaffe nazi en sus audiovisuales, embriagando musicalmente a los impresionables cadetes. Y Guardiola, para inocularles el ardor guerrero y la sed de victoria a sus jugadores, cambió la música clásica por la música pop, sustituyendo la cuchillería de Wagner por la lisergia exultante de Coldplay, cuando el Barça se desplegaba por el césped como un escuadrón invencible.

Jehan Alain murió a comienzos de la Segunda Guerra Mundial, en acción de guerra. Tenía veintinueve años. Como Michel Bouvard, era organista e hijo de organista. En las iglesias debería haber más órganos y menos púlpitos. Las palabras no sirven para explicar lo inexplicable y además suele cargarlas el diablo. Para ascender a lo alto y descender a lo más hondo hay que abandonarse a la música y pensar en Dios como en el último acorde.

### Páginas de viento

Otra vez está llamando a mi ventana con su dedo de metal. ¿Qué quiere de mí? No me atrevo a darle la vuelta y mirarlo a la cara. Cada noche cambia de voz y la de hoy es terrible.

No tuve una habitación propia hasta que cumplí los dieciséis y la construí con mis propias manos, en la misma esquina del granero en la que me sentaba, en verano, a ver el amanecer, antes de ir a trabajar. Mis hermanos y yo dormíamos en literas y era igual que compartir el camarote de un submarino. El viento se dejaba la piel al entrar en el callizo, de donde no siempre conseguía salir, y me hablaba con la voz del dios del Antiguo Testamento. Yo me sentía culpable. Pensaba que, como no era capaz de entender lo que trataba de decirme, él se desesperaba. La Biblia era una novela fantástica en la que Yahvé encarnaba al mago malo y Jesucristo al mago bueno. Me daba mucha rabia que Jesucristo renunciara a sus poderes y se dejara matar por una panda de miserables, cuando le habría resultado tan fácil cargárselos a todos, como hacía su padre sin titubeos. Leía la Biblia debajo de las sábanas, con una linterna. Mi cama era la de arriba. Algún privilegio debía tener el primogénito.

El viento tiene mil voces, casi todas siniestras. A veces blasfema como un borracho, furioso porque no encuentra el camino de vuelta a casa. Otras se desgarran como una madre a la que le hubieran robado a sus hijos o brama como un padre que persiguiera a sus hijos para matarlos. Pero hay noches en las que el viento habla entre susurros, con palabras lejanas que hubiéramos preferido no volver a oír. Esas noches son las más peligrosas.

«El viento sopla donde quiere, y oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni adónde va», dice San Juan en su evangelio. Es verdad que no sabemos adónde va, pero sí de dónde viene. El viento viene siempre del pasado. Por eso nunca dejamos de oír su rumor dentro de nuestra cabeza.

El joven Blas de Otero, que creció entre galernas, tenía una buena divisa, no solo poética: «Siempre a favor del viento, pero contracorriente».

Escribir páginas de viento y ver cómo van y vienen y van.

### Crucifixiones

En la tabla central del retablo de Issenheim que se conserva en el museo Unterlinden de Colmar, Matthias Grünewald pintó una de las representaciones más dramáticas de la agonía de Jesucristo en la cruz. Es tal su dramatismo que Leonardo Sciascia aseguró haberse sentido, ante aquellas torturadas imágenes, como si hubiera presenciado en primera fila la auténtica crucifixión. Las

crucifixiones casi expresionistas de Grüenewald inspiraron las de Antonio Saura, ese prodigioso garabateador. Saura despreciaba el Cristo de Velázquez. Decía que tenía el aspecto de un adonis edulcorado, «con sus pies de torero, su cabellera negra de bailaora flamenca y su estatismo de marioneta». Saura hubiera disfrutado mucho con La Pasión de Cristo en la versión de Mel Gibson. A mal Cristo, mucha sangre.

El Cristo de Goya es un ejercicio de estilo, sin mayor interés. Dalí habría podido hacer un gran Cristo si no hubiera postalizado la perspectiva mística del dibujo insólito de San Juan de la Cruz que, con su olfato genial, se propuso dalinizar. Los catalanes le deben a Dalí más de lo que creen. El de Figueras repartió publicidad turística de la Costa Brava por los museos de todo el mundo. El Cristo de Gauguin es también un Cristo de postal, en este caso de la Bretaña, pero hay que reconocer que el amarillo le sienta bien.

Opinara Saura lo que opinara, Velázquez pintó el Cristo más humano, un Cristo de tamaño natural que asume su destino sin contorsiones y acepta la muerte con serenidad, escondiendo los ojos para no herir ni culpar a nadie. El Cristo de Velázquez es el Cristo del Evangelio según San Juan. Velázquez supo pintar al «único hombre que sucumbió de pleno grado, triunfador de la muerte», como escribió Unamuno. Un rey que muere humillado igual que un esclavo, un dios que entrega su espíritu lo mismo que cualquier hombre, sin fanfarria de trompetas y tambores. Las heridas del Cristo de Velázquez se pueden tocar.

Cuenta San Juan el Evangelista que se cumplieron todas las profecías y Jesús murió tranquilo después de haber cumplido también con su papel. En el cuadro de Velázquez se respira esa paz extraña, un silencio que pide silencio.

### Tiempo de cometas

Camino a veces arrastrando la sensación de que me he colado en una película que no es la mía. No sé por qué me da por pensar que todos los que se cruzan conmigo están un poco tarados, cuando en realidad soy yo el raro que camina a la buena de dios, jugando con un cigarrillo apagado como si fuera una navaja. Una cigüeña sobrevuela el río y con una elegancia insuperable, sin ningún esfuerzo, se pierde entre las nubes. Estamos en el tiempo de las cometas.

Nunca los parques habían estado tan llenos de niños aburridos y de adultos jadeantes. Para cualquier niño sano solo hay una pesadilla peor que tener que jugar con su padre, y es tener que jugar con su abuelo. Una vez que

han enseñado a sus hijos a montar en bicicleta, los padres deberían limitarse a arreglarles los pinchazos y a tener el coche a punto para cuando haya que correr a Urgencias. Jim Hawkins, David Copperfield, Mowgli, Tom Sawyer, Harry Potter... Todos eran huérfanos. ¿Qué clase de aventuras habrían vivido si hubieran sufrido a sus padres como compañeros de juegos? Son unos inconscientes los padres que presumen de que sus hijos han heredado sus ilusiones. Habrán heredado, en todo caso, sus frustraciones. Yo, que no tengo hijos, lo vi muy claro el día que le dije a mi hermano pequeño que apagara la tele y abriera un libro y él, sin apartar la vista de la pantalla, me respondió: ¿Para qué quieres que lea? ¿Para acabar como tú?

Un niño es capaz de volar una cometa aunque no sopla una brizna de aire. Le basta con activar la fuerza del deseo y dejar salir la adrenalina del futuro. Las cometas, sin embargo, son más peligrosas de lo que parecen. Froilán se llamaba el mejor amigo de la infancia de Sender. Tenían ambos ocho años y dos cometas casi iguales, con ojos y bocas. Un mal día la cometa de Froilán se quedó enganchada a un poste de alta tensión. Llovió y, cuando fue a recogerla, una descarga eléctrica lo frió. En el pueblo pen-



saban que lo había atravesado un rayo. Sender, en cambio, siempre tuvo la sospecha de que a su amigo del corazón se lo había llevado el cometa Halley.

### Don Lope

A Buñuel no le gustaba el espectáculo de la muerte, pero le atraía. Y tanto como las momias de Guanajuato le fascinaba el sepulcro del cardenal Tavera, esa «imagen fija de la muerte» ante la cual se inclina Tristana cuando don Lope está a punto de arruinarle el candor y la honra. También Solana lo consideraba un monumento magnífico. Más que el perfil, objetivamente tétrico, le maravillaban las prodigiosas manos de muerto: «Parece que sus guantes están metidos a la fuerza en sus dedos y tienen algunas arrugas; tiene puestas las sortijas y después, con las horas que pasaron, se le agarrotaron los dedos y por eso están tan apretados. Su cuerpo parece haber crecido y estirado; por eso este sepulcro es admirable: por el frío de la muerte que da y luego el acierto de estar hecho en mármol». Da la impresión de que, como decía Buñuel, Berruguette captó el estado del cuerpo tan solo unas horas antes de la putrefacción. El verismo cadavérico del rostro, sin embargo, tiene truco: Berruguette se sirvió de una mascarilla mortuoria que se le hizo al difunto para plasmar con exactitud el «rigor mortis».

A mí la cara del cardenal Tavera, pintado luego por el Greco, me recuerda a Azorín, aquella pobre momia con sombrero hongo. Aunque Azorín no tenía vocación de cardenal, sino de cartujo.

En Toledo están las sepulturas de Tavera y la del Greco, custodiada por unas monjas entre las que no es im-

probable que haya alguna Viridiana, pero la tumba que yo quería encontrar era la de don Lope. Buñuel supo ver el trasfondo erótico de la novela de Galdós y potenciarlo cinematográficamente. Don Lope es el macho ibérico venido a menos, un quijote de café, empleado en el noble arte de no dar un palo al agua. Sigue habiendo muchos Tenorios rijosos que requiebran con torería a las chicas que no ocultan sus encantos. Buñuel, al igual que Galdós, muestra sus dobleces y sus miserias, pero no lo juzga. Don Lope no murió con el siglo XIX. Siendo tan español, es un personaje universal. Pensemos en el profesor Humbert. Nabokov nunca leyó a Galdós, pero qué es *Lolita* sino una versión cursi de *Tristana*.

### Los trabajos del mar

No había leído *Las inquietudes de Shanti Andía* y nadie sabe lo que estoy disfrutando con la primera de las cuatro novelas en las que Baroja volcó su amor por el mar y su pasión por la mitología marinera. El libro, un maltratado volumen de la colección Austral, se deshace entre mis manos como si fuera de hojaldré, y me encanta. Leer a Baroja en «e-book» debe de ser como beber un buen vino en vaso de plástico.

Dice José-Carlos Mainer que Baroja es un ensayista que cuenta cosas, y no seré yo quien le contradiga, pero únicamente los grandes narradores como Baroja consiguen que sus personajes respiren sin respiración asistida. *Las inquietudes de Shanti Andía* comienza a la manera clásica, despegando al lector de un presente insustancial y embarcándolo hacia otro tiempo, cuando en el mundo abundaban los tipos intrépidos y las buenas historias. Son

palabras difíciles de olvidar: «Las condiciones en que se desliza la vida actual hacen a la mayoría de la gente opaca y sin interés. Hoy, a casi nadie le ocurre algo digno de ser contado. La generalidad de los hombres nadamos en el océano de la vulgaridad. Ni nuestros amores, ni nuestras aventuras, ni nuestros pensamientos tienen bastante interés para ser comunicados a los demás, a no ser que se exageren y se transformen. La sociedad va uniformando la vida, las ideas, las aspiraciones de todos». Los capítulos en los que Baroja relata el naufragio del «Stella Maris» y la aventura en la gruta del Izarra tienen la mis-



ma capacidad de abducción que los mejores pasajes de *La isla del tesoro* y del *Huckleberry Finn*. Esa felicidad narrativa solo está al alcance de unos pocos, y sin duda Baroja fue uno de ellos.

No ha habido un escritor español que haya pintado los misterios y los trabajos del mar como Baroja, salvo Josep Pla. Baroja sería el marinero de altura y Pla el de bajura. La mirada de Pla sobre el mar es menos novelesca y más voluptuosa que la de Baroja. Pla, que era un pescador de plato, se relamía mientras catalogaba, a su modo, las especies que habitaban el Mediterráneo. A Baroja, en cambio, todo el pescado le sabía igual.

### El árbol solitario

Ahí está, preparado para que le dispare la foto de todos los veranos. El viento ha traído unas pocas nubes y él hace como que las araña con sus uñas retorcidas. No parece un árbol sino la mano de un muerto al que enterraron vivo. Quizá nació de una semilla que perdió el diablo y por eso lo evitan los zorros y espanta a los pájaros, a todos los pájaros, a los que cantan la alegría de vivir y a los de mal agüero. Han vuelto a salirle algunas hojas, pero es tan poca cosa que no ha dado ningún fruto, ni dulce ni amargo. Tampoco daría leña suficiente para calentar una casa. Gracias a su ejemplo, sin embargo, yo he aprendido a encontrar mi fuerza y a ganarle la partida a la soledad. El sol no ha podido aplastarlo y el viento no ha conseguido tumbarlo. Yo creo que es porque sus raíces optaron por aliarse con las piedras y no se obstinaron en luchar contra el destino. Y porque su tronco nunca ha aspirado a convertirse en el mástil de una bandera.

Los campos se han resignado, cansados de implorar a un cielo que no atiende sus súplicas. Al salir del pueblo he visto una abubilla. También ella me ha visto, pero me ha ignorado. Las abubillas son tan antipáticas como glamurosas, todo lo glamuroso que puede ser un pájaro de seco. Dicen que huelen mal, pero es que ese es el olor de la pobreza. Las flores de cardo no se dejan oler porque no se dejan tocar. Las rosas y todas las demás flores domesticadas envidiarían su olor y su color salvajes.

No oculta la tierra sus cicatrices. Duele ver las dentelladas de las tormentas allí donde las rocas todavía conservan algo de piel. Llueve tan pocas veces que, cuando llueve, la lluvia clava sus colmillos en la tierra y la despedaza como un perro rabioso.

Ya falta menos para que acabe el verano. Un batallón de hormigas desfila arrastrando el cadáver de un sal-

tamontes con el que tienen garantizada la supervivencia durante los próximos meses. Necesitaba reencontrarme con mi sombra. Al final del camino nos hemos estrechado la mano y ella se ha quedado atrás, silbando la canción que yo le enseñé a silbar, y rápidamente nos hemos perdido de vista.

### Cielo amarillo

Este es un buen lugar para sentirse el último hombre con vida en el planeta. Las ruinas de esa casa de adobe, refugio de lagartijas, no resistirán muchos años más. El verano feroz ha calcinado la tierra y el polvo cruje bajo mis pies. En menos de media hora se habrá ocultado el sol. Canta un gavián y el cielo enmudece. Es preferible no saber qué dicen los pájaros.

He llenado mi mochila de granadas, todavía verdes y tersas. El otoño pronto les arrugará y ensombrecerá la piel, igual que a los membrillos. En las parras cuelgan unos pocos racimos de uvas jibarizadas. Me llevo unos granos a la boca y los escupo. Con razón los han despreciado los pájaros. Llegaré un día en que en estos campos solo se podrán plantar cruces.

Echaba de menos la música, la luz y el olor de estas soledades casi cósmicas. Este paisaje óseo, de polvo, caliza y esparto, es el espejo en el que yo me reconozco. Lo que más me fascina de él es que puede descomponerse en volúmenes. El tiempo se entretiene amontonando y esparciendo piedras, como un niño que no se cansa de jugar solo.

Escribió Pavese que «uno necesita un pueblo aunque no sea más que por la satisfacción de poder marcharse de él». Y añadía: «un pueblo supone no sentirse solo, saber que en la gente, en los árboles, en la tierra hay algo de ti que, incluso cuando no estás, se queda esperándote».

Somos memoria de un paisaje. Esté donde esté, cada vez que cierro los ojos veo este cielo amarillo y esta tierra cuarteada, erizada de cardos, de la que están desapareciendo los caminos, nuestras huellas dactilares. En mis sueños sigo viviendo aquí, como si nunca me hubiera marchado, como si no pudiera marcharme. Supongo que estoy condenado a vivir dos vidas paralelas, las dos igual de reales o de irreales. A los indios que tuvieron que abandonar sus tierras sagradas a punta de fusil debió de ocurrirles algo parecido y por eso acabaron todos sonados, como los animales de los zoológicos, y alcoholizados. Juro que yo aún no me he dado a la bebida. Y a quién le importa si hago el indio escuchando a los espíritus de la tierra y hablando en silencio con los árboles. ■ ■